



»de las dos sustancias tan encontradas y opuestas como lo son el cuerpo y el espíritu.

»Ni se diga que á la razon pertenecia discernir lo bueno de lo malo, y abrazar lo uno y enfrenar el apetito de lo otro. Pues no habria para qué la razon tuviese por malo nada de cuanto procediese de nuestra natural constitucion, como que seria obra del mismo Dios, quien más bien se haria una injuria atroz si se tratase de poner freno á unos sentimientos que, teniéndole por autor, no podrian jamás reputarse por malos. ¿A qué extraños resultados no nos conduciría la *pinclada* del ingenioso Voltaire? Tales, pues, son los que es preciso adoptar, si suponemos que al hacer Dios al hombre le constituyó tal como se halla. No; debíase Dios á sí mismo el hacerle tal cual la revelacion nos dice que le hizo: *recto, inmortal*, sin ignorancia, sin desorden en sus pasiones, sin ninguna manera de miserias, con perfectísima y facilísima sumision de la carne al espíritu y del espíritu á Dios, adornado de la gracia y de la verdad. Y por consiguiente, no siendo tal el hombre, es indudable que se halla degenerado, reo y criminal á la faz de su Dios. Véase, pues, por qué, si el pecado original es un misterio, como ciertamente lo es, sin embargo, el hombre mismo nos es otro misterio mucho más incomprendible si no le suponemos con este pecado. Tal es la fuerza del pensamiento y expresion de Mr. Pascal.»

La cuestion que nos resta tratar es sobre si Dios ha castigado con demasiado rigor el pecado de Adam, como lo suponen los incrédulos.

Sin repetir lo que dijimos al principio de esta observacion, sobre la enormidad de la desobediencia de nuestro primer padre, nos contentaremos con observar que ni á los incrédulos ni á nosotros toca juzgar hasta qué punto alcanzaba su malicia, ni cuál castigo le era proporcionado. El medio más prudente para juzgar de la gravedad del pecado, es considerar la del castigo, pues nosotros conocemos muy poco la manera cómo se cometió, y la malicia y circunstancias que le acompañaren. ¿Asistimos acaso al consejo de Dios, ó vimos lo que pasó en el corazon de Adam, para saber hasta qué

punto fué criminal ó excusable? La facilidad con que pudo obedecer, es seguramente, segun San Agustín, una de las circunstancias que agravaron su culpa. Por lo demás, si los niños que mueren sin otro pecado que el original serán ó no atormentados con el fuego del infierno, no nos incumbe decidirlo, puesto que la Iglesia calla sobre este punto; y entre las varias opiniones de los teólogos se mantiene esta maestra de la verdad sin dar su definicion. Cónstanos de cierto que serán excluidos del reino de los cielos y de la bienaventuranza sobrenatural que Jesucristo nos ha merecido. San Agustín, cuyo modo de pensar sobre este punto es bien sabido, no se atreve á asegurar si su suerte será peor que lo fuera su anonadamiento ó el no haber nacido. Santo Tomás parece que admite un orden de providencia bienhechora respecto de aquellos mismos á quienes no puede recompensar. Mas sea lo que fuere de esto, no hay por qué contestar á los incrédulos sobre un punto que no tiene una calificacion definitiva de la Iglesia. Lo que en todo caso nos pertenece, es adorar estos grandes misterios, sin los cuales otros mil inapelables misterios nos tendrian en la oscuridad más desconsoladora y en incertidumbres muy trascendentales.

En cuanto á los pecados actuales que hacen perder la gracia á los adultos, sabemos que serán castigados con suplicios eternos; mas semejantes pecados no son castigados del pecado de Adam, como suponen los incrédulos, sino males que nosotros voluntariamente cometemos, y con los cuales contraemos los hábitos viciosos que en cierto modo nos arrastran; mas ¿á quién sino á nosotros mismos tocaba el preservarnos?

Finalmente, cuando se habla del pecado de Adam y su castigo, no debemos olvidar la altísima y gloriosísima manera como le reparó Jesucristo con la gracia y beneficio de la redencion. Demostrando por las Santas Escrituras la excelencia, la plenitud y la universalidad de esta gracia, han contestado los Padres de la Iglesia á las objeciones de los herejes de todos tiempos. Nos han hecho primeramente observar que la promesa de esta redencion es tan



antigua como el pecado. Antes de condenar á Adam á los padecimientos y á la muerte, habia ya pronunciado Dios la maldicion contra la serpiente y dicho que *el descendiente de la mujer quebrantaria su cabeza*. En virtud de esta promesa, dicen los Padres, y en virtud de los futuros merecimientos del Redentor, no pronunció Dios contra Adam y su posteridad sino una sentencia de pena temporal. Adam mismo, á pesar de la enormidad de su culpa, hizo penitencia, recibió el perdon y fué salvo. Y así la redencion que á su tiempo habia de obrar el Hijo de Dios, comenzó á producir sus efectos desde el momento mismo en que fué anunciada.

Enseñan tambien los Padres, que, en virtud de la Pasion de Jesucristo, nuestros padecimientos y nuestra misma muerte nos sirven para la expiacion del pecado, convirtiéndonos en materia de misericordia y salud nuestros mismos castigos. Segun San Pablo, Jesucristo ha quitado á la muerte sus amarguras, asegurándonos una resurreccion semejante á la suya. *Como por el pecado de uno*, añade el mismo apóstol, *han caido todos los hombres en la condenacion, así por la justicia de uno solo reciben todos la justificacion. Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia*. Así fué curada por Jesucristo la llaga de la humana naturaleza.

Esta gracia de Jesucristo, tan abundantemente comunicada, tambien nos hace victoriosos de la concupiscencia ó de nuestras desordenadas pasiones, con cuyo combate la virtud se hace más meritoria y digna de una recompensa tan grande como la que estaba destinada á los primeros padres.

«Tal vez los incrédulos no se darán por satisfechos de la manera como hemos contestado á sus argumentos. Sólo el don de la fe hace sentir al hombre la fuerza, la hermosura y dignidad de las verdades reveladas. Es á todas luces imposible que ellos contesten á las invencibles reflexiones con que se demuestra el estado de degradacion en que vemos al humano linaje, el cual no puede, sin perjuicio de la inefable santidad y justicia de Dios, ser obra suya, si le suponemos hallarse ahora en un estado primitivo y cual salió de las manos

del Criador. Si no nos queremos perder en un laberinto eterno; si queremos adherirnos á cosa que fije nuestras ideas con respecto á nosotros mismos; si algun consuelo y remedio hemos de tener para nuestros males, tantos y de tanta consecuencia; si no queremos sumergirnos en la desesperacion ni trastornar las buenas ideas sobre la moral del hombre, es preciso renunciar en esta incomprendible materia á las luces que presumimos tener de nosotros mismos, y gobernarnos por las de la revelacion, la cual, en la trasmision del pecado de Adam y en la redencion obrada por Jesucristo, nos enseña cuanto hemos menester para nuestra sólida instruccion, para nuestro solaz y remedio, y para nuestro gobierno y conducta. En este sentido, la más importante ciencia del hombre está reducida y compendiada en el conocimiento de los dos Adanes, segun San Agustín, el Adam viejo que nos perdió, y el nuevo, ó Jesucristo, que nos reparó. Enseñanza sublime, la cual, infinitamente superior á los sistemas de todos los filósofos, allana los misterios del hombre, nos pone en las manos el verdadero título de sus relaciones con Dios, nos descubre nuestra gran miseria y los medios de nuestro restablecimiento, establece los sólidos cimientos de la moral y de la justicia, y nos enseña el camino único que hay por donde salir de infinitas y lamentables incertidumbres, y asegurarnos con pasos indudables nuestra verdadera felicidad.»

Pasemos ahora á las objeciones particulares de los impíos contra el cap. III del Génesis.

Hemos ya manifestado cómo el demonio, envidioso de la felicidad de nuestros primeros padres, habló á Eva para seducirla por medio de una serpiente, ó sea tomando la forma de ella. Los chistes de los incrédulos sobre esta serpiente que conversó con Eva, son lo único ridiculo que nos ofrece esta historia. En efecto, si nuestra alma para articular sonidos, hablar y tener trato con los seres que nos rodean, se sirve con maravillosa facilidad de esta materia que le está unida, esto es, el cuerpo, ¿por qué el demonio, revestido de un poder tan superior al nuestro, y cuya sagacidad y destreza sobrepu-



ja tanto al ingenio y alcances del hombre, no podrá mover los órganos de la serpiente de manera que produzcan sonidos articulados ó palabras? Cuando la Escritura dice que la serpiente era el más astuto de todos los animales, indica con esta expresión, como ya lo hemos insinuado, que tenía una especie de aliciente ó atractivo, con el cual se insinuaba con maña y artificio, siendo por esta causa el animal más á propósito para representar al demonio en sus asechanzas y malicia, como observa Bossuet.

«Mas ¿qué lengua hablaba la serpiente?» preguntó el emperador Juliano. Sin duda la que hablaban nuestros primeros padres, puesto que Eva la entendió y respondió. El mismo crítico añade que el demonio, hablando por la boca de la serpiente, supone «la caída de los Angeles; vieja fábula de los indios, no conocida de los judíos hasta el tiempo de Augusto y Tiberio.» Pero además del libro de la Sabiduría, más de tres siglos anterior al reinado de Augusto, donde se dice que *la muerte entró en el mundo por envidia del diablo*, el profeta Zacarías, el autor del libro III de los Reyes, el del I de los Paralipómenos, el libro de Tobías, y por subir á tiempos más remotos, el de Job, conocido de los judíos mucho tiempo antes del cautiverio de Babilonia, y reputado por Voltaire anterior á Moisés, todos estos nos hablan del ángel rebelde, enemigo de Dios y del humano linaje. La tradición de *la gran serpiente, el Arimano*, esto es, *el astuto, el mentiroso enemigo de los primeros padres de todos los hombres*, etc., se hallaba extendida, no sólo en la Persia, sino también en todos los antiguos pueblos de Oriente; y Voltaire contiene expresamente en ello. Y ¡ahora pretende hacerla pasar como nueva!

Del castigo de la serpiente se han servido también los incrédulos para ejercitar su malignidad. «El Génesis, dice Voltaire, da razón de la causa por qué la serpiente anda arrastrando; lo cual supone que antes tenía piés y piernas. Es verdad que la serpiente no come tierra; pero creíase así, y esto basta.»

Respondemos que los viajeros y naturalistas aseguran que hay serpientes aladas que se levantan por los aires; no es, pues, cierto que todas andan arrastrando. Asimismo es falso

que la serpiente no come tierra; aunque los intérpretes de la Escritura han tomado en sentido alegórico las palabras: *tierra comerás todos los días de tu vida*, no por eso han excluido el literal. Por las historias no consta, que Ofelas, uno de los capitanes de Alejandro, que se hallaban en posesión de la Cirenáica, habiéndose introducido en la Régio Syrtica, creyó perecer allí con todo su ejército. Sus soldados tuvieron mucho que sufrir de las bestias feroces que infestaban aquel país, y especialmente de las serpientes, que les hicieron muchísimo daño. Como eran del mismo color de la tierra, las pisaban sin advertirlo, y ellas les hacían una picadura mortal. Ptolomeo el geógrafo, Diodoro Siculo, y Strabon, atestiguan lo mismo. Esta perfecta semejanza de color nacia de que no tenían las serpientes otro alimento allí que la tierra, pues aquel país, según el mismo historiador, era *absolutamente estéril*. Estas serpientes serían probablemente las *chersydras*, que, según Nicandro, se alimentan del polvo, y se hallan, según Ciceron y Eliano, en los desiertos de la Libia. Bochart ha probado con sólidas razones que el *saraph*, serpiente de la especie de la que sedujo á Eva, tenía las mismas propiedades que la *chersydra*, y que la había en gran número en la Arabia y países vecinos. Lo mismo nos consta por los testimonios de Herodoto, Mela, Lucano, Solino, Ammiano Marcelino, y aun de la Sagrada Escritura. Añadamos que, según Aristóteles, Bardesanes en Eusebio y otros autores, hay varios animales que se alimentan del polvo cuando no hallan otra cosa que comer, y la *chersydra* ó *saraph* en los desiertos de la Arabia y de la Libia, no tiene más alimento que polvo y arena.

Finalmente, no debe dudar Voltaire que á la serpiente haya cabido mayor maldición que á los otros animales, puesto que, dice él, hay pueblos que le ofrecen culto. ¿Cuántos pueblos hay que adoran al demonio y á los espíritus malos, sólo porque los temen? Ni es ménos positivo el horror con que naturalmente miramos á las serpientes, y sólo una larga costumbre ha podido habituar á algunas personas á familiarizarse con las que no son nocivas.

Dicen más los incrédulos: «¿Á quién no cho-



«cará la idea de un Dios, es decir, de un Sér esencialmente invisible, que se está paseando por un jardín, que llama á Adam, que se digna hacer con sus propias manos un vestido para él y para Eva?»

En mil partes y con la mayor claridad nos enseña la Escritura que Dios es un Sér espiritual, simple, sin composición ni miembros; pero para significar á los hombres las obras de su omnipotencia, ha sido necesario hacer uso del lenguaje humano y consultar de este modo á la debilidad de nuestro entendimiento. En este lenguaje, pues, no es posible expresar las cosas de Dios sino con las palabras con que se expresan las de los hombres. En este caso, las palabras sólo se toman *metafóricamente*, significándose con ellas que Dios obra y produce por un simple acto de su voluntad los mismos efectos que si tuviese piés, manos, ojos, lengua, etc.

Del mismo modo nos es forzoso expresarnos con respecto á las operaciones de nuestra alma. Como los órganos del cuerpo son los instrumentos por donde ejercitamos nuestras facultades interiores, es natural que por las funciones de aquel representemos estas. De un hombre de talento decimos que *tiene gran cabeza; ojos de lince* llamamos al de gran penetración y sagacidad; del hombre de gran poder, decimos que *tiene el brazo muy largo*, etc. Este modo de hablar á nadie engaña. Así pues, *los ojos de Dios* son su conocimiento de todas las cosas; *su mano y brazo*, su omnipotencia; *su boca y su palabra*, la manifestación de su voluntad, etc. El Salmista dice que *los cielos son obra de sus dedos*, con lo cual nos enseña que no necesitó de esfuerzos para ejecutarla. Tendríamos que guardar un silencio eterno sobre la Divinidad, si para hablar de ella hubiéramos de adoptar expresiones correspondientes á la majestad de aquel Sér infinito. La Escritura divina, por consiguiente, debiéndonos hablar de Dios, no podía ménos de usar de nuestro mismo lenguaje para instruirnos y edificarnos. ¡Qué! ¿será indigno de este soberano Sér invisible el haber hecho sentir su dichosa presencia á nuestros primeros padres por medio de símbolos proporcionados al estado feliz

de la inocencia en que se hallaban? ¿Y el recompensar de este modo sus virtudes y animarlos á perseverar en ellas?

Sin duda ignoraba Voltaire que la palabra *vaiánjas*, de que se usa en el vers. 21 del capítulo III, no significa precisamente *fabricar con las manos*, sino generalmente *hacer, preparar, proveer*. ¿Acaso necesita de manos como las nuestras la Providencia divina, cuando actualmente socorre y *provee* á nuestras necesidades y nos da con que cubrimos?

Si el mismo crítico no hubiera estado tan pobre de conocimientos en el valor y significación de las palabras de la lengua santa, no hubiese preguntado con tono ridículo y extravagante: ¿de dónde Adam y Eva habían sacado el hilo y las agujas para coser las hojas y hacerse cinturones para cubrir su desnudez? Hubiera sabido que la palabra que en la Vulgata significa *coser*, no expresa otra cosa sino *unir, acomodar, ajustar*, en cuyo sentido la vemos usada en Job, XVI, 16, y en Ezequiel, XIII, 18. Otro tanto podríamos decir de la palabra que corresponde á la nuestra *hojas*, con la cual se significan *unas ramas y muy grandes*, como es de ver en Nehemías, VIII, 15; de manera que lo que en este lugar se dice, únicamente se reduce á que Adam y Eva pusieron y acomodaron en rededor de su cuerpo unas ramas muy flexibles, ó bien unas hojas grandes de higuera, para con ellas cubrirse con decencia.

Pretenden también los incrédulos que es nulo el efecto de la sentencia pronunciada contra Eva. Díjole Dios: *Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti*. Los quebrantos de la preñez (dicen estos críticos), los dolores del parto, y la sujeción al sexo superior son poco más ó ménos los mismos en las hembras de los animales que en las mujeres, y por consiguiente, no pasan de ser un efecto natural de la débil constitución del sexo, una consecuencia precisa de las leyes de la naturaleza, y no un castigo del pecado; una mujer de talento y carácter con facilidad domina á su marido.

Pero los incrédulos no advierten que nos



están arguyendo por la cuestion misma que estamos ventilando con ellos. ¿Quién les ha dicho que antes del pecado no era mejor y más bien acondicionada la constitucion de la mujer? ¿Cómo cabia en la bondad y justicia de Dios sujetar á tantas y tan graves penas á una criatura, imágen suya, que no tenia culpa y se hallaba inocente? La revelacion nos dice lo contrario, y la supone en un estado de felicidad. Los incrédulos jamás nos presentarán una verdadera demostracion con que destruir esta idea tan propia de la justicia, de la bondad y de la santidad de Dios, el cual podia, é indudablemente se lo debía á sí mismo, atemperar de tal manera la condicion de la mujer antes del pecado, que ni en sus partos ni en sus preñeces hubiese sentido incomodidad alguna; ordenar sus relaciones con su esposo, de modo que sin el rigor de una dominacion viviesen en perfecta armonía y fraternidad; sin esto seria preciso sentar, contra todo lo que dicta la sana razon, que bajo la Providencia y gobierno de un Dios justo podia el hombre ser sujeto á penas sin merecerlo. Y así, por más natural que nos parezca el estado presente de cosas, no podemos dudar que es un efecto del pecado. La privacion de una ventaja sobrenatural nadie negará que es un verdadero castigo. Hay más: esta *naturaleza*, de la cual nos hablan los impíos como de un Dios, es innegablemente la obra del mismo Dios, sometida á su poder, y de la cual dispone él como quiere, segun es de ver en las *sensaciones*, cuya ocasion y órgano le plugo hacer á la materia, á pesar de que esta jamás puede ser su causa y verdadero principio. La razon concibe muy bien que Dios, como dueño absoluto de sus criaturas y primera y única causa de las sensaciones, así las agradables como las molestas y penosas, hubiera podido librar á los hombres en su inocencia de todo sentimiento de dolor y trabajo, y hacerles gozar de esta feliz exencion sin variar esencialmente su natural constitucion.

Además de esto, el verdadero estado y condicion de las mujeres no le debemos considerar en un corto número de ellas, ó segun las costumbres y usos de un pueblo particular, si-

no en la totalidad y en lo comun de su especie; y nadie puede dudar que su comun condicion es sufrir en sus embarazos incomodidades y molestias mucho mayores que las hembras de los animales; otro tanto les sucede al parir, y su dependencia de los consortes es mucho más continua, más expuesta á amarguras y arbitrariedades, y de mayor y más penosa sujecion.

Tambien es asunto de las objeciones de estos críticos la version de la *Vulgata* que antes pusimos literalmente en nuestro idioma. «En la primera edad, dicen, los embarazos frecuentes y la multiplicacion de los hijos no se reputaban por una desgracia, sino por una bendicion de Dios.»

Mas ¿de qué *primera edad* nos hablan? No de la del estado de la inocencia, en que no hubo ni embarazos ni hijos. Mas en la edad que se siguió á aquella hasta el presente, aunque es verdad que los hijos son una bendicion de Dios, y especialmente cuando ya por sus años y por sus fuerzas pueden servir á sus padres y ayudarles; mas no por eso dejarán de ser una carga verdadera y una pena molestísima para las madres los trabajos de la preñez y del parto, y las incomodidades de la crianza y educacion.

Otra dificultad de los incrédulos sobre las palabras *con el sudor de tu frente comerás tu pan*. «De otro modo, dice Voltaire, hubiera hablado el autor si hubiese vivido en los vastos países donde no se conoce el pan. Tambien, añade, se hace otra objecion, á saber, que en tiempo de Adam no habia pan.»

De otro modo, contestamos nosotros, hubiera hablado Voltaire, si hubiera conocido la expresiva índole de la lengua hebrea y la energia de la palabra *lejem*, la cual, no sólo significa *pan*, sino generalmente toda especie de alimento. Además, ¿qué fundamento tiene el incrédulo para decir que en tiempo de Adam no habia pan? ¿Acaso no sembró él ni cultivó el trigo en los novecientos treinta años que pasó en las llanuras inmediatas al Tigris y al Eufrates, donde en todos tiempos han abundado las mieses?

Con motivo del Querubin armado con la es-



pada de fuego, y puesto por Dios para impedir á Adam la entrada en el Paraíso, de donde fué arrojado, pretende Voltaire que la palabra *cherub* significa el *buey*, del cual nos servimos para arar la tierra, que es lo que la palabra *charab* significa, *arar*.

Pero este erudito crítico se figuró que esta era una palabra hebrea, aunque en vano la buscará en el diccionario de esta lengua. No es sino árabe, y significa lo que él dice. Mas una prueba incontestable de que los *cherubim*, plural de *cherub*, nada tienen que ver con los bueyes de la labranza, es que la Escritura nos representa al *cherub* volando, lo cual en ningun modo conviene á aquellos útiles y sufridos animales. En el libro III de los Reyes, VII, 29, se hace la descripcion del *mar de bronce*, y se distinguen de los *Querubines* los bueyes, los leones. Es verdad que los sábios han explicado de varios modos los *Querubines* y la *espada de fuego* de que habla Moisés. Los que ponen el Paraíso en el hemisferio Meridional, creen que esta espada de fuego no es más que la zona tórrida, que en la situacion paralela en que por entonces suponían á la tierra, debió ser una region de insoportable calor, la cual fuera imposible atra-

vesar. Añaden los mismos autores, que las palabras de Moisés, á saber, que esta espada se vibraba ó *volvía hácia una parte y á otra*, convienen á una zona que da al mundo la vuelta.

Otros han creido que con esta espada se significaba una especie de muralla de fuego en rededor del Paraíso, procedente de alguna materia inflamada, y esta opinion no es inverosímil en el sistema de los que colocan el Paraíso cerca de Babilonia, donde hay mucho betun y campos, que aún hoy dia se inflaman en ciertos tiempos del año. Y si se objeta la gran diferencia que hay entre una muralla y el *Querubin*, responden que la Escritura acostumbra atribuir á los Angeles las obras extraordinarias de Dios, el cual se sirve de ellos para ejecutarlas. Otros, finalmente, opinan que un Querubin era el que visiblemente aparecia en aquel lugar con espada de fuego en mano, ó en alguna otra forma corporal, constándonos muchas veces en los Libros Sagrados de semejantes apariciones visibles de los Angeles. Sea de ello lo que fuere, no nos es dado adivinar lo que no quiso descubrirnos Dios, que era el que dirigia la mano de Moisés. La última opinion nos parece la más fundada y sencilla.